

LIBROS / Perfil

Dexidrinas y Artaud en los bolsillos

Visita a un extraño, la nueva novela de Ramón Reboiras, no tiene trama clásica, ni es una historia a la vieja usanza, es "un monólogo, un fluido de conciencia, una novela interior" sobre la generación que se hizo adulta tras la muerte de Franco

Por José Andrés Rojo

CUELGA TU perfil en el Muro de las Lamentaciones y aúlla". La frase puede leerse en la página 88 de *Visita a un extraño* (Periférica), la última novela de Ramón Reboiras (San Xulián de Laiño, A Coruña, 1961). El narrador desciende de las alturas en las que vivía como un profesional que ha triunfado en lo suyo y se encierra en un entresuelo para tomar la palabra y pronunciarse sobre las cosas. No tiene, pues, ni trama clásica, ni es una historia a la vieja usanza. "Un monólogo, un fluido de conciencia, una novela interior", así clasifica Reboiras su nueva obra. "Siempre que he procurado contar historias a la manera tradicional he encontrado que impostaba la voz. En este registro, en cambio, consigo reconocermé. Violenta los géneros convencionales, mezcla ficción con memoria y falsificación, pero es mi propia voz. Me ha costado diez años encontrarla".

"Casi nadie puede negar que vivimos un momento de esplendor químico. Vivimos la Transición en los paraísos artificiales como una *visión velada*", observa el narrador de *Visita a un extraño*. "Fue una época en la que hubo una entrada masiva de drogas en España", comenta Reboiras, "y muchos de nosotros, que admirábamos las iluminaciones y los apagones de Rimbaud y Baudelaire, probamos aquellas sustancias como un camino para calmar la ansiedad y apagar el dolor; en un bolsillo llevábamos las dexidrinas y en el otro, un

libro de Antonin Artaud. Fueron el remedio de una generación perdida que fue seducida por la destrucción: hay muchos que cruzaron la frontera y ahora están muertos".

Visita a un extraño es la quinta novela publicada por Ramón Reboiras, pe-

su tumultuosa vida sexual, sobrevive haciendo horóscopos para una revista femenina, ve cómo la muerte va tocando a algunos de sus amigos más próximos y ha decidido ejercer de centinela, retirado del fragor de la batalla: así que se pone a hablar desde su retiro

como el pelafustán ("hombre insignificante o mediocre, sin posición social o económica", según la RAE) que ha aceptado ser.

"Nosotros nunca quisimos dejar huellas en ningún sitio: ni en los hoteles, ni en los registros de la policía, ni en el ejército", contesta Ramón Reboiras cuando se le pide que rasque un poco más en la identidad de esa generación que salía de la adolescencia o que circulaba por su primera juventud tras la muerte de Franco. "Teníamos muy cerca la dictadura, así que nuestras cosas eran secretas, clandestinas y sectarias. Nada que ver con esa exhibición impúdica de la intimidad que practican los usuarios de Facebook y otras redes sociales. Toda esa banalidad infantil me parece una regresión tremenda".

En *Visita a un extraño*, una novela atravesada por la literatura (Rilke, Pessoa, Cioran, Nietzsche), el rock (Sid Vicious, The Allman Brothers, Frank Zappa) y la fascinación por la fotografía, el narrador exhibe su rabia contra todos aquellos que aplauden en los entie-

rrros o en las puestas de sol, y afirma: "Cuando la izquierda dejó de fumar, España se convirtió definitivamente en un país inhóspito para un moralista de mi estirpe". Por eso Reboiras se acuerda de unos versos suyos: "No aplaudas el paso de los muertos / no aplaudas las puestas de sol / no aplaudas". Y apunta: "Se titula *Así habló Zaratustra a un ciudadano español*".

Visita a un extraño. Ramón Reboiras. Periférica. Cáceres, 2012. 208 páginas. 17,50 euros.



Ambiente en La Vía Láctea (Madrid) en 1985. Foto: Alfredo García Francés

riodista y poeta que forma parte del paisaje cultural de Madrid desde hace décadas. Fue jefe de Cultura del semanario *El Independiente*, redactor jefe de *Cinemanía* y *Rolling Stone*, director cultural de la Fnac, colaborador habitual de distintos medios, y actualmente está al frente de la revista de viajes *Orizon* y de la versión española de *Harper's Bazaar*. El personaje de su último libro está crujido por la derrota ("... soy el naufrago que siempre desee ser...", escribe), padece una sífilis heredada de

"Violenta los géneros convencionales, mezcla ficción con memoria y falsificación, pero es mi propia voz. Me ha costado diez años encontrarla"

Frío retrato de un mundo frígido

El otro jardín y relatos completos

Francis Wyndham
Traducción de Jon Bilbao
Libros del Silencio. Barcelona, 2012
448 páginas. 24 euros

Por Alberto Manguel

REFIRIÉNDOSE A las regiones conocidas en el siglo diecinueve como Upper and Lower Canada (Canadá Superior e Inferior) Oscar Wilde comentó: "Los ingleses llevan su división de clases adondequiera que vayan". Hubiese podido agregar, sobre todo en su literatura. Tragedias, melodramas, comedias inglesas giran en torno a convenciones sociales transgredidas o respetadas, ceremoniales arcanos y absurdos, acentos y gestos discriminatorios. En Inglaterra, el público que asiste a *La importancia de llamarse Ernesto* concede sus carcajadas más fuertes al aristocrático desdén con el que Lady Bracknell pronuncia la palabra *hatbox* (sombrerera) y los lecto-

res de *El amante de Lady Chatterley* se ruborizan menos ante las violentas escenas eróticas que ante la transgresión de la frontera social entre los dos protagonistas. Aún en tiempos recientes, de esa rígida estructura social nace casi toda la ficción inglesa contemporánea, desde las sólidas novelas de Ian McEwan y Penelope Fitzgerald hasta las más ligeras de David Lodge y Francis Wyndham.

Nacido en Londres en 1924, Wyndham tuvo una educación aristocrática, primero en Eton y luego en Oxford. Una tuberculosis mal curada lo obligó a dejar el ejército al cual se había incorporado a principios de la Segunda Guerra Mundial, y a proseguir en cambio una carrera de reseñador literario. La obra de Wyndham no es abundante. Cuatro décadas de escritura han producido un breve volumen de reseñas, dos breves colecciones de relatos y una novela aún más breve, *El otro jardín*, traducida al castellano por Jon Bilbao. El narrador de *El otro jardín* es un hombre de la alta burguesía cuya familia ha vivido en la campiña

inglesa desde siempre, y quien, ya grande, emprende una suerte de busca del tiempo perdido en los bucólicos años de preguerra. La figura central de aquel pasado es una extraña muchacha, Kay, hija de unos vecinos que no la quieren y que adoran en cambio a su hermano, Sandy, apuesto muchacho que se destacará más tarde como un héroe militar. Entre los tres —el narrador, Kay y Sandy— se establecerá un vínculo de amistad y de atracción erótica; esta última, como tantas cosas inglesas, quedará sin ser declarada. Insinuaciones, sobrentendidos, prudencias constituirán esta angustiosa relación.

Solo dos o tres personajes extrovertidos y pintorescos tratarán de sacar a la luz los sentimientos velados. Lady Dorothy Neville, conocida como Dodo, antigua belleza aristocrática del mundo de la Corte y del teatro, y Denis, el amigo abiertamente gay del narrador, intentarán rasgar las apariencias de esa formal reticencia. Pero aún el escándalo es regulado por las jerarquías sociales de Inglaterra: en este frígido mun-

do, casi ninguna emoción declarada es permitida, casi ningún gesto espontáneo puede ser manifestado. Cuando los padres de Kay prohíben a Sandy visitar a su hermana que está muriendo de tuberculosis en un hospital, Sandy reacciona diciendo que no podría soportar un altercado familiar. El héroe militar, capaz de fugarse de una prisión alemana, no puede sin embargo escapar a las convenciones de sus padres. El estilo de Wyndham es evanescente, sutil, casi demasiado ligero. El tono reservado y taciturno de la narración refleja el de los personajes, y parece ocultar un secreto. Desgraciadamente, al cabo de pocas páginas, el lector descubre que lo que se le esconde apenas merece ser descubierto, y que la moderada narración resulta ser tan convencional como las mismas convenciones que denuncia. Es como si las pequeñas y absurdas ceremonias de la sociedad inglesa importasen a Wyndham más que las tragedias que éstas acarreen. El resultado es una novela agradable, entretenida y, al fin y al cabo, superficial. ■